

Tendrá cuidado especial de colocar sus dos piés, cubiertos de raso blanco, sobre los piés de Antonio.....

Perderá sus manos entre los cabellos de su esposo, como si quisiera introducir las hasta dentro del cráneo para acariciarle las ideas.

A la primera oportunidad empezará á llamarle *hijito*.

.....¿Qué le gustará á Antonio para almorzar?

Le hablará durante la hora de la mesa de cosas muy agradables.

Cuando tuviera algun pesar, le consolara si era posible, aun cuando fuera preciso hacerle una inocente burla de verle preocupado *por tan poco*, aunque fuera mucho.

Si no bastaba, le haria beber fuerza y resignacion en el mismo vaso en que ella hubiese bebido.

Si aun esto no era suficiente, le ofreceria, no un vaso, sino sus labios.....

Si ni aun así lograba derramar el consuelo en su corazon, tomara su cabeza con ambas manos, la reclinará sobre su pecho, haria caer sobre su frente millares de besos y en su alma raudales de ternura..... Le devoraria á caricias, le embriagara de amor, le infundiria felicidad á toda costa, aun cuando se muriera; y apretándole contra su corazon, *hasta lloraria*.....

¡Ah!..... ¡Cuando un amado manda á su amada las grandes *charolas* con ese bulto lleno de blondas, encajes, rosas y diamantes, un millon de ángeles enamorados deben ir cirniendo sus alas sobre aquellas donas!

Deben acompañar á aquellos criados, casi idiotas, los genios de la ternura y de la casta voluptuosidad nupcial, entonando ese epitalamio tierno, espiritual, bellissimo, que se llama:

«¡El Cantar de los Cantares!.....»

—¡Uníos, hijos!—dice desde el cielo *El Jehovah* de la blan-

ca barba, del majestuoso semblante, de la blanda, paternal y apacible sonrisa.....

«¡Uníos, creced y multiplicaos, y vuestras generaciones pueblen todos los ámbitos de la tierra!.....»

¡Oh! tales palabras no necesitan de setenta intérpretes, no necesitan sino de uno.

El que ame, el que sienta, el que sepa traducir las santas, las sublimes exigencias del corazon!.....

El primero y casto beso del esposo á la esposa, es un céfiro escapado del Paraíso, que al través de los siglos de los siglos se acerca á murmurar en los oídos de la vírgen aquello de

¡*Faciamus hominem ad similitudinem nostram!*

Y la fecunda.....

Al momento aquella casta flor se siente con la dulce inquietud y la tiernísima voluptuosidad de la madre.....

Su único y mas constante anhelo es estallar en serafines como un giron del cielo.

No parece sino que el primer ósculo conyugal, tan lleno de una casta enajenacion, la deposita entre los labios un nido, una crisálida misteriosa y divina de esas aladas mariposas que en el Empíreo se llaman querubines y en el mundo hijos!.....

La niña esposa y la jóven madre, piensa ya en esa poética nube, en ese pequeño y perfumado fardo de blondas, crespones y lienzos cándidos que vienen á abrigar á la encarnacion de su primer beso de esposa.....

¡Venid, serafines, bajad del cielo para arrojar en vuestro aleteo amoroso perfumes, brisas, ensueños agradables, sobre *el canastillo* de vuestro hermano, del niño que va á nacer dentro de un puñado de días!.....

Apenas *brotado* á la vida, querrá apretar entre sus diminutos labios un capullo de rosa, y su madre sabrá dárselo en su pecho!

Vosotros sabreis sonreir al niño, mientras el niño se aduerme narcotizado con el beleño de aquel boton.....

Querubines, niños de pecho del cielo, venir á arrullar el sueño y á enjugar con vuestras alas las primeras lágrimas de los niños de pecho de la tierra!.....

¡Qué mision la de las mujeres!.....

¿De qué serviria el rocío sin las rosas?

¿En dónde precipitaria la nube sus torrentes sin la madre tierra?.....

## LXX.

Piedad aquella noche durmió, ó si se quiere veló bajo la influencia de ideas y pensamientos, poco mas ó menos, análogos á los que acabamos de expresar.

Amaba ya hasta donde aquella niña podía amar; y sus sentimientos eran compatibles con sus esperanzas.

Amar como Piedad amó á Antonio aquella noche, es cumplir con la mision.

Esto es bastante en la vida para las exigencias de la vida social.

De otra suerte: jamás ocurrió á aquella jóven llamar á él «su dios, su ángel, &c.»

Bastaba llegar á llamarle buena y simplemente y á la faz del mundo:

*Mi marido.*

Con ser su marido, ya es todo en materia de amores.

Es justo:

La poligamia haria pedazos el *uno cum unica* de la Biblia, y toda la poesía, y toda la ternura, el amor, la grandeza del *In principio* vendria abajo.

Millares de esas rosas del cielo que se llaman ideas de fe-

licidad, descendieron esa noche sobre el lecho, sobre el casto seno, sobre la frente apacible de Piedad.

Soñó despierta y vivió dormida.

No sé qué sublime abnegacion hay en ciertas mujeres, que las hace capaces de olvidar su propia vida y su felicidad, por no pensar sino en la felicidad y en la vida del objeto á quien se consagran.

Las mujeres no piensan ni ansían otra cosa que llenar el mundo de flores.

Cuando la primavera se va y las flores se mueren, ellas se ofrecen á serlo.

Cuando el mundo se cubre de matices y perfumes bajo los fecundantes rayos del sol primaveral, las mujeres cortan flores y adornan con ellas sus cabellos:

Entonces las mujeres son las flores, y las flores son los retoños.

Piedad fué aquella noche la única rosa del verjel de todos sus sueños.

No sabemos si sintió más que pensó; pero sí sabemos que cumplia.....

Si la hubiera visto su amante en los momentos de mayor excitacion, y cuando ella representaba á solas el papel de ángel ó de Sulamitis, la hubiera encontrado mas bella, mas simpática, mas atractiva que nunca.

Si el amor es un astro, Piedad lo sentia en el zenit de su corazon.....

## LXXI.

Antonio, entretanto, habia seguido á su compañero sin vacilar, y ambos iban «por la calle» sin proferir una sola palabra.

—¿Pues cómo vives, Antonio?—preguntó por fin Máximo á su compañero.

Este no entendió del todo la pregunta, y no tuvo mas remedio que envolver un desatino en una nueva interrogacion á Máximo.

—¿Cómo vivo, *de qué?*—le preguntó.

—De recursos, de elementos, de dinero..... ¿Cuánto gastas al dia, á la semana, al mes y al año..... cuál es el presupuesto que tienes que llenar en tu vida de *hombre solo?*

—De tres á cinco pesos al dia.....

—¡Imposible!..... ¿Tú solo?.....

—Sí, mira.

Y Antonio instantáneamente se trasformó á los ojos de su amigo en una especie de «libro de entradas y salidas.»

Máximo se convenció, pero quedó asombrado.

—Y ¿adquieres todo lo que necesitas?—preguntó.

—Indefectiblemente.

—Entonces, no comprendo tus dificultades.

—¿Cómo, Máximo?

—Ciertamente. Casado, tu vida te importaria lo mismo, ó acaso *te* seria menos dispendiosa.

—Pues bien; me casaré si *ella* me quiere..... ¿Qué tengo de hacer?.....

—Prepararte al menos.

El cura y el tapicero, tratándose del ejercicio de sus respectivas profesiones, no entienden *una jota* de platonismo ni de elevacion de ideas ó sentimientos.

Segun creo, esta tu Piedad ha de tener los piés muy pequeños y muy delicados, pues que te gusta.

Está bueno.

Pero esos piés *de seda* deben de necesitar una alfombra regular.

Los piés pequeños y bonitos son palomas blancas que necesitan picotear constantemente flores, aunque sean pintadas.

No olvides eso.

Una sílfide no puede imprimir *su leve huella* sobre los duros ladrillos.

Necesita deslizar sus piececitos por un jardin.

Poco importa que ese jardin sea de trapo.....

¡Ay, Antonio!

¡Cuidado, mucho cuidado con las muchachas de piececitos!

Al decir estas palabras habian llegado á una de tantas casas que hay en México, en las cuales no se sabe quién vive:

La razon es que en ellas vive todo el mundo.

Estaban, pues, en el zaguan de una casa de juego.

Antonio aceptaba de Máximo una propuesta muda, y consistente solo en hechos:

La de penetrar al mundo de la tranquilidad y de la virtud por en medio de los senderos del vicio.

No habia podido conquistar una situacion del talento, é iba á pedir su felicidad á una *sota* ó á un *rey*.

Empezaba tambien Antonio á penetrar hasta el fin sin pararse en los medios.

Progresaba visiblemente.

—No olvides esto—dijo:

Vas á jugar «lugar y á la dobla.»

Y al decir estas palabras, Máximo puso en las manos del enamorado jugador dos cartuchos de monedas y le dió algunas indicaciones sobre lo que iba á hacer.

Antonio entró solo en lo que podremos llamar, sin el menor escrúpulo, un elegante garito.

Era la primera vez en su vida que nuestro jóven entraba en *una partida*.

Todo el mundo sabe lo que es una partida, y nadie habrá que si no sabe lo que es ó no la conoce, no pueda al menos hacer una acertada suposicion sobre el particular.

Nos abstenemos por lo mismo de una descripción que no podría menos de ser excesivamente nimia, detallada y repugnante.

Allí todo el mundo pierde el oro, menos «uno que otro que lo gana.»

La ansiedad es espantosa.

Es aquello el sacrificio de las mas nobles facultades del hombre, que abdica de todas ellas para no pensar mas que en esto:

«Atraerse el oro .....

Antonio habia seguido las indicaciones de Máximo, y jugaba *lugar* «á la dobla.»

Es decir, colocaba su dinero, apostándolo á la carta que salia de un lado.

Empezó por perder.

Perdió tres veces seguidas, y sintió que el despecho empezaba á invadir su corazón.

Pero recordó á tiempo todas las prescripciones de Máximo:

«Mucha serenidad siempre, y duplicar, triplicar ó cuadruplicar las apuestas, aun cuando perdiese, siempre en el mismo lugar.

Salió el cuarto albur y de *su lado* «un mono.»

Una *sota*.

La ansiedad de Antonio llegaba á su colmo.

Sentia que el corazón y la cabeza le estallaban, y alternativamente llevaba sus dos manos á las sienes y al pecho, comprimiéndolos.

«Alguna se te ha de hacer» —le habia dicho Máximo.

El albur «corria».....

Estaba lo que se llama *muy hondo*.

¡Salió una *sota*!

Nuestro jóven apenas pudo reprimir un grito de entusiasmo,

pero nadie hizo caso del «¡oh!» que medio sofocó entre sus labios. Habia ganado.

Aquella *sota* tan profunda y tan ansiosamente esperada, le trajo en un momento cuanto habia perdido, y otro tanto.

¡Qué formas tan raquílicas toma á veces la felicidad!

Pidió Antonio aquel naípe sucio y lo guardó cuidadosamente en su cartera, como hubiera podido hacerlo con el retrato de Piedad.

El siguiente albur era entre un *rey* y un *as*.

Antonio puso al *rey* cuanto poseia.....

En los momentos precisamente en que *él* aproximaba al azar en la partida su pequeña montaña de plata, *ella* se dejaba deslizar suavemente por el sendero de sus castas y apacibles ilusiones.

*Él* se abrasaba en un infierno de flores de oro, y ella recogia todos los recuerdos de su amante, y los guardaba, como guarda una flor en su cáliz las gotas del rocío de la mañana.

No sé qué inversion de *papeles* tuvo lugar aquella noche.

*Él* fué á dar al mundo, y *ella* al cielo.....

## LXXII.

Piedad esperaba á Antonio en la noche siguiente.

Pasó la hora en que *él* acostumbraba llegar de visita, y no apareció.

—«La carta» —dijo ella: —quién sabe qué *le* pasa.

La jóven hizo renovar los lindos ramilletes de su salita.

Hasta entonces habia preferido colocar en sus vistosas copas de cristal de roca, grupos de botoncillos de rosa blanca.

Habia mandado poner aquella noche sus *bouquets* recargados de myosotis y heliotropo.

Tenia ella puesta una bata blanca, enteramente fresca; en su peinado se veían medio perdidas y cayendo en un gracioso feston, algunas de las flores que Piedad había tomado de los ramilletes. Tenía una cintura azul.

La bomba del candil estaba recubierta con una *veladora* del mismo color, matizada de rosas y pensamientos.

No sé qué vago y misterioso perfume estaba desparcido por todo aquello.

En una de las paredes, sobre la tapicería perlada y rosa de la sala, dentro de un óvalo de oro, se veía la figura espiritual de Santa Cecilia al lado de su órgano.

En el muro opuesto y bajo un marco igual, aparecía Sapho.

Los prismas del candil lanzaban de vez en cuando chispas azules, amarillas y rojas.

Bajo la gotera del balcon y suspensa entre las dos cortinas, había una jaula, un elegante y pequeño *kiosko* dorado, y dentro un canario.

El avecita dormía con la cabeza perdida dentro de sus alas.

No se oía mas ruido que el *tic-tac* del reloj.

No había en aquella sala mas gente que Piedad, sentada cerca del piano, pensativa, soñadora, distraída.

El piano, abierto completamente, mostraba todas sus cuerdas, exhibía, por decirlo así, todo su sistema nervioso.

Descubiertas las siete octavas del teclado, tenían no sé qué apariencia de una dentadura enorme completamente descubierta.

Parecía aquello una gran boca riendo grosera y maliciosamente.

Aquel piano presentaba el aspecto de un monstruo burlon....

Repentinamente se dejó escuchar un sonido agudo, sonoro y argentino.

La muchacha se incorporó vivamente y dirigió la vista al reloj que descansaba sobre la mesa *consola*.

El reloj apuntaba las once con su dedo de acero, lento, pero incansable, inflexible.

Una densa nube envolvió repentinamente á aquella mujer que esperaba.

—Este hombre está loco, y *loco de atar!*—dijo, revelando perfectamente en su cara y en el tono de su voz cierto mal-estar, cierta impaciencia.

Aquellas once campanadas, aquel dedito de acero ratificante del tiempo, y que como un dedo de escribano *daba fe*, contrariaron notablemente á Piedad.

Ya hemos indicado antes que las muchachas difícilmente perdonan algunas cosas en amores.

Ciertas omisiones, por ejemplo.

La política de *simple abstension* puede explicarse en México durante ciertos períodos.

En un novio, ¡jamás!

Un amante que alguna vez se insinuó, indicó ó dijo algo, y despues calla como un cadáver, es algo, un objeto demasiado molesto é impertinente para una jóven.

Es impedir los medios de que clara y terminantemente se le diga *que no*.

Es abusar de la condicion de las mujeres que por ningun título puedan usar del derecho de iniciativa.

—Se está muriendo por mí, me escribe; me insta, no puede estar un segundo sin verme; es exigente y se revela tiernamente enamorado..... puede entrar á la hora que le plazca, y cuando llega el momento..... ¡no viene!

¡No entiendo esto!

¡Esta conducta es incalificable!

Yo, en su lugar, y sintiendo lo que él dice que siente, me hiciera traer aquí ahora, moribunda, en camilla!.....

¿Qué puede haberle sucedido?.....

¡Señor! ¡señor! si este Antonio es un colegial hecho y derecho.

Será preciso *que cambie*.....

¡Qué muchacho!

Seguramente le ha dado miedo.....

¡Habla *ya* con tanta formalidad en esta carta!

Pero me temo mucho que á pesar de la formalidad que aparenta, no sea él formal.

Esto *con el tiempo*. Ya le haremos que reflexione un poco y que tome mas *á lo serio* las cosas de la vida.....

Piedad tornó á quedar silenciosa y pensativa.

Al oír *el cuarto* de las once, se levantó con un movimiento convulsivo y fué á ponerse delante del espejo.

Allí se arrancó las flores que habia colocado entre sus cabellos y empezó á despeinarse, poniendo una carita!.....

Si en aquellos momentos la *ha visto* Antonio, acelera su matrimonio.

O para expresarnos de un modo mas simple, exacto y verdadero:

Si en aquellos momentos la *ha visto* Antonio, *se casa*.

Enfadada Piedad, era irresistible.

Él se hubiera tal vez arrodillado al lado de la muchacha, y tomando una de sus manos, la habria dicho:

—Perdon!..... ¡*ya está!*.....

Y ella sin duda hubiera contestado con un ¡*quéee!*

Verdaderamente magnífico.

Y despues se hubiera puesto á reír con el mejor humor del mundo, y hubiera sin duda dicho:

—¡Jesus!..... ¡Cómo es vd., *señor!*.....

Y aquel *señor* hubiera sido mucho para el enamorado.

Faltaba á la jóven un pequeño fragmento de los dientes delanteros.

Tal defecto ocasionaba el defecto de pronunciacion que nosotros pretendemos indicar.....

Y el mismo *defecto*, si puede llamarse así, habia contribuido en gran manera á *volar* á Antonio *la chaveta*.

Sin duda alguna Antonio habia nacido para mortificarla.

Seria preciso que esto no fuera así.....

## LXXIII.

Al dia siguiente, Antonio, enteramente preocupado, pasó muy violento en una calesa de alquiler.

Serian las tres de la tarde cuando Piedad entrevió la pálida cara de su amante, quien se pasó sin saludarla.

Los caballos del carruaje iban á escape.

Ella quedó en el balcon algun tiempo esperando; pero Antonio no volvió á pasar.

Sin duda andaba muy ocupado, pues que le acompañaba *otro*.

*Otro* que habia parecido á Piedad un moceton frio, *estirado*, desdeñoso.

—¡Pues qué sucederá!—dijo.

Y al poco rato se volvió á meter, pensativa y suspirando.

En la noche no fué Antonio.

Piedad se sentia *mistificada*, y su amor propio empezó á sublevarse.

—¡Me pregunta una cosa, me insta, y cuando le va *una* á contestar, se va y no vuelve!.....

Pero Piedad no podia comprender que Antonio no volviese...

¿Qué le habia hecho?.....

—Si esto es la timidez—pensaba—que es consiguiente al verdadero y grande amor, me corresponde obrar con prudencia y no desalentarlo.